

Tolerancia: Virtud olvidada.

La falta de una buena educación que incluya conceptos cívicos y filosóficos está vulnerando nuestra forma de vida, a tal punto que hemos desatendido el concepto de “sociedad” (ser socios). Hoy perdemos la capacidad de sorprendernos y aceptamos los rayados sin sentidos, la destrucción de bienes, la competencia en las calles, la falta de compasión por el discapacitado o anciano. Si bien la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, aparecen como la base de la formación humana, la tolerancia es la que le sigue en importancia. No se pueden separar, hay que vivirlas como un todo y repetir las con ejemplos vivos para que empapen el alma de los niños quienes serán los más intolerantes cuando crezcan. No puede una primar sobre la otra, ni excluirlas, pues no seríamos completos dentro de nuestras propias complejidades.

En las noticias vemos permanentemente gente imprudente, como el Pastor Soto que, en una actitud pseudo mesiánica, argumenta oír sólo las órdenes que recibe de Dios, perjudicando el enorme y buen trabajo realizado durante años por miembros de su fe. El afán de justicia de quien la exige, tiene los límites que la víctima o victimario estima. Conseguir más o menos nunca los satisfará y reclamará que el mundo está en su contra. Vemos argumentarios violentos para desacreditar otra posición, buscando ser líder de una nación. Y quienes muestran templanza, normalmente ocultan un servilismo, por no atreverse a adoptar una posición propia, sino la que le imponen. Esos son los más peligrosos.

Por ello la tolerancia resulta hoy impracticable. Bajan las penas a un condenado y la "Corte Suprema" no sirve; se dicta una ley inclusiva y sale un bus a propugnar conceptos valóricos, robándose la película; un acto delincencial lleva a la población a atacar una comisaría; si no me gusta una elección la impugno; tu comentario es sexista. Todas son reacciones viscerales en que no prima ninguna virtud humana. Nadie quiere oír al otro. Mi verdad es más sólida si hablo o grito más alto, si tiro la piedra más pesada o golpeo en lo más sensible de mi contrincante. La justicia la quiero aquí y ahora. No deseo y no estoy dispuesto a escuchar nada que me cuestione. La intolerancia o embriaguez de quienes se creen mesías, arrastran a los totalitarismos como el nazismo y el anarquismo y en todos esos períodos es el pueblo el que sufre. Hay que aprender a mantener la serenidad, no importando el grado de la tormenta.